

11-M: local y global

[Andrés Ortega](#)

España tiene ahora dos terrorismos dentro contra los que luchar: el local, etarra, y, desde el 11-M, otro global, si se confirma definitivamente la autoría del atentado vinculado a la nebulosa de Al Qaeda. Para las víctimas, no hay diferencia alguna. Para combatirlos, sí. Pues son fenómenos diferentes que requieren medios distintos, aunque complementarios (si bien evitando que haya vínculos entre ambos). Aunque desde, al menos, el 11-S se supo que anidaba en su seno, la España moderna y democrática nunca ha tenido que afrontar los efectos de este terrorismo islamista, masivo, indiscriminado y que (aunque no lo parezca en este caso) puede también ser suicida, lo que ETA u otros grupos terroristas occidentales nunca han sido y marca toda una diferencia. Combatirlo va a requerir nuevos instrumentos y nuevas formas de cooperación nacional e internacional.

Es la primera vez que una acción terrorista extranjera y su gestión cambia el resultado de un proceso electoral

La lucha contra el terrorismo global puede ayudar, y de hecho lo ha hecho ya, a combatir al local, especialmente ahora que ETA se ha internacionalizado, con sus reivindicaciones sobre, y atentados en, Francia. ETA ha dejado de ser un problema sólo español. Y por supuesto el terrorismo islamista es, por definición, no ya antiespañol o antieuropeo, sino antioccidental, aunque sea de un nuevo Occidente que está por reconstruirse. Al Qaeda no ha dejado de avisar, incluso antes de la guerra de Irak, que Roma o Londres y otras grandes ciudades europeas están en su punto de mira. Son todas las democracias europeas las que están en peligro, por lo que deben unirse contra este enemigo elusivo frente al que hay que defenderse, de inmediato y a corto plazo, y cuyas causas hay que eliminar, a medio y largo plazo. Como frente a cualquier terrorismo, sería un error, sin embargo, perder en esta lucha, que no puede verse ni llevarse como una guerra, nuestra esencia de sociedades abiertas.

Lo que es absolutamente nuevo del 11-M es que una acción terrorista extranjera

y su gestión por el Gobierno haya podido cambiar el resultado de un proceso electoral de unas elecciones generales, como las españolas. Lo global ha incidido en lo local de una manera dramática. Indica que, lejos del nihilismo, este terrorismo tiene calendarios y objetivos políticos muy claros, aunque ni busque ni se preste a la posibilidad de negociación alguna sobre sus objetivos, lo cual es otra diferencia. Claro que con su arrogancia del poder, con su manipulación informativa para hacer creer a los españoles y al resto del mundo que sin duda alguna se trataba de una acción de ETA -y llovía sobre mojado tras las mentiras en torno a la guerra de Irak-, el Gobierno de Aznar y el PP se buscaron su propia derrota. En todo caso, la política exterior y sus consecuencias, desgraciadamente por una puerta de sangre, han regresado a las elecciones, de donde el PP había intentado marginarla. Y es que el mundo ha cambiado. Y el cambio de mayoría debe llevar a una rectificación de la política exterior, hacia un regreso a Europa sin renunciar a unas relaciones estrechas y decentes con EE UU. El precedente de lo ocurrido en este país debería servir de lección a todos. Y, en una cierta medida, puede dejar su impacto en las elecciones de noviembre en EE UU. Lo local, así, también puede incidir en lo global.

11-M: local y global. Andrés Ortega

España tiene ahora dos terrorismos dentro contra los que luchar: el local, etarra, y, desde el 11-M, otro global, si se confirma definitivamente la autoría del atentado vinculado a la nebulosa de Al Qaeda. Para las víctimas, no hay diferencia alguna. Para combatirlos, sí. Pues son fenómenos diferentes que requieren medios distintos, aunque complementarios (si bien evitando que haya vínculos entre ambos). Aunque desde, al menos, el 11-S se supo que anidaba en su seno, la España moderna y democrática nunca ha tenido que afrontar los efectos de este terrorismo islamista, masivo, indiscriminado y que (aunque no lo parezca en este caso) puede también ser suicida, lo que ETA u otros grupos terroristas occidentales nunca han sido y marca toda una diferencia. Combatirlo va a requerir nuevos instrumentos y nuevas formas de cooperación nacional e internacional.

Es la primera vez que una acción terrorista extranjera y su gestión cambia el resultado de un proceso electoral

La lucha contra el terrorismo global puede ayudar, y de hecho lo ha hecho ya, a combatir al local, especialmente ahora que ETA se ha internacionalizado, con sus reivindicaciones sobre, y atentados en, Francia. ETA ha dejado de ser un problema sólo español. Y por supuesto el terrorismo islamista es, por definición, no ya antiespañol o antieuropeo, sino antioccidental, aunque sea de un nuevo Occidente que está por reconstruirse. Al Qaeda no ha dejado de avisar, incluso antes de la guerra de Irak, que Roma o Londres y otras grandes ciudades europeas están en su punto de mira. Son todas las democracias europeas las que están en peligro, por lo que deben unirse contra este enemigo elusivo frente al que hay que defenderse, de inmediato y a corto plazo, y cuyas causas hay que eliminar, a medio y largo plazo. Como frente a cualquier terrorismo, sería un error, sin embargo, perder en esta lucha, que no puede verse ni llevarse como una guerra, nuestra esencia de sociedades abiertas.

Lo que es absolutamente nuevo del 11-M es que una acción terrorista extranjera y su gestión por el Gobierno haya podido cambiar el resultado de un proceso electoral de unas elecciones generales, como las españolas. Lo global ha incidido en lo local de una manera dramática. Indica que, lejos del nihilismo, este terrorismo tiene calendarios y objetivos políticos muy claros, aunque ni busque ni se preste a la posibilidad de negociación alguna sobre sus objetivos, lo cual es otra diferencia. Claro que con su arrogancia del poder, con su manipulación informativa para hacer creer a los españoles y al resto del mundo que sin duda alguna se trataba de una acción de ETA -y llovía sobre mojado tras las mentiras en torno a la guerra de Irak-, el Gobierno de Aznar y el PP se buscaron su propia derrota. En todo caso, la política exterior y sus consecuencias, desgraciadamente por una puerta de sangre, han regresado a las elecciones, de donde el PP había intentado marginarla. Y es que el mundo ha cambiado. Y el cambio de mayoría debe llevar a una rectificación de la política exterior, hacia un regreso a Europa sin renunciar a unas relaciones estrechas y decentes con EE UU. El precedente de lo ocurrido en este país debería servir de lección a todos. Y, en una cierta medida, puede dejar su impacto en las elecciones de noviembre en EE UU. Lo local, así, también puede incidir en lo global.

Fecha de creación
12 septiembre, 2007